

La ayuda humanitaria ante desastres naturales: las experiencias de Chile y Haití

Diana Delgadillo Ramírez

En la encuesta que estuvo disponible en este sitio en la primera semana de marzo, preguntamos a nuestros usuarios si consideraban que México debería continuar con la misma política de ayuda que tuvo en Haití ante el sismo en Chile. El 29% de las respuestas fueron afirmativas, el 32% opinó que no y el 39% restantes opinaron que no se podían comparar.

El inicio del 2010 ha estado marcado por dos eventos naturales de gran magnitud: un sismo Haití de 7 grados en la escala de Richter en enero; el 27 de febrero, un sismo de 8.8 grados. Como es de imaginarse, ambos terremotos tuvieron graves repercusiones en términos humanos, porque cambiaron la vida de la mayor parte de los habitantes de ambos países. Sin embargo, hay un hecho que resalta a simple vista: las consecuencias, así como las necesidades en términos de ayuda, han sido totalmente diferentes.

En el caso de Haití, la situación política previa al terremoto tenía sumidos a la mayoría de la población en condiciones de pobreza, marginación y exclusión. Cuando ocurrió el sismo, la débil infraestructura haitiana y la precariedad en las construcciones habitacionales, provocaron que la mayor parte de las casas y edificios sufrieran daños y se desplomaran, lo que aumentó el número de víctimas. Incluso, el Palacio de Gobierno sufrió graves daños en su estructura.

Las tareas de coordinación en los momentos post-terremoto deberían haber corrido a cargo del gobierno de René Preval, pero no ocurrió de ese modo, en primer lugar por la historia política previa, por la debilidad del régimen *democrático*, y en segunda porque la coordinación de muchas de las actividades internas recaían en la Misión de Paz de las Naciones Unidas, cuya sede se colapsó y murieron varios de los representantes de ese organismo.

Las urgencias del pueblo eran básicas: agua, alimentos, tiendas, medicamentos, atención médica. Y la sociedad internacional se movilizó de inmediato, se enviaron cargamentos de ayuda humanitaria, se hicieron colectas y comenzó a darse una dinámica de coordinación pero liderada, en su mayoría, por las propias organizaciones sociales presentes en ese país; la figura del gobierno nacional se encontró desdibujada en todo el proceso. Los muertos, calculados en más de 250 mil, fueron una muestra del tamaño de la crisis que hasta la fecha, no ha quedado resuelta. Se habla de reconstruir, pero ello significaría volver a la situación previa al terremoto, que de ningún modo eran condiciones de vida adecuadas.

En el caso de Chile las cosas fueron diferentes: por encontrarse en una zona sumamente activa en términos sismológicos, sus habitantes tienen una mayor preparación para enfrentar este tipo de movimientos. Las técnicas de construcción, por lo tanto, son acordes con la situación geográfica, hay leyes sobre construcción de inmuebles y de protección civil; de hecho, la mayor parte de las víctimas no se dieron propiamente por el derrumbe de construcciones, sino por el tsunami que se desató en las costas de ese país luego del sismo. Un claro contraste está en el número de víctimas toda vez que, aún con una intensidad mayor, el terremoto costó la vida de poco menos de 500 personas; cierto que el número de desaparecidos aun es alto, lo que podría incrementar la cifra, pero en nada se compara con las que hubo en Haití.

Las solicitudes de ayuda, si bien también tenían que ver con requerimientos de agua y medicinas, no eran una ayuda de emergencia de la misma magnitud que en Haití. El gobierno de Michelle Bachelet hizo solicitudes de ayuda que fueron muy específicas y se dieron luego que el gobierno hiciera una evaluación de los daños, porque hasta cierto punto, contaban con los recursos necesarios para dar respuesta a lo inmediato. La historia de la reconstrucción sería otra, porque para ello sí requerirán del apoyo de las instituciones financieras internacionales.

Los puntos en común es que tanto Chile como Haití fueron sujetos de programas de ayuda humanitaria, aunque desde diferentes puntos de vista. Para el caso de Haití se trataba de remediar una situación crítica en la que no había nada, donde cualquier ayuda del exterior era bienvenida y necesaria.

Las dos experiencias, en términos de cooperación, en realidad no son comparables por sí mismas, pero sí en lo que respecta a los diferentes esquemas de ayuda que son necesarios desarrollar, de modo tal que los actores de cooperación internacional para el desarrollo, puedan actuar de la mejor forma posible. Dadas las diferentes condiciones de vida en el mundo, no es posible ni pertinente pretender que la existencia de un programa de ayuda humanitaria sea suficiente, que en todas las ocasiones sea posible actuar del mismo modo, en el mismo sentido y bajo las mismas condiciones. Son experiencias de las cuáles tendremos que recuperar lecciones valiosas, de forma tal que todos los actores involucrados, logren más y mejores resultados.